

Iglesia y Educación

Apuntes históricos para un discernimiento cristiano

Joseba Lazcano, s.j.

**Ponencia presentada
en la Asamblea AVEC
Caracas, 24 de junio de 2004**

Podemos afirmar, con propiedad, que la Educación ha sido la mediación más importante por la que la Iglesia ha podido dialogar con la sociedad. Ese diálogo no siempre ha sido fácil. A veces, ha sido algo así como acuerdos mínimos de convivencia; en otros momentos, ha sido de confrontación y de competencia; pero, también –y cada vez más–, de fecunda cooperación.

Presentamos aquí unos rasgos, tal vez demasiados simplificados, pero que válidamente pueden hacer honor a la verdad de nuestra historia.



ace exactamente 100 años, precisamente en estas fechas¹, estaban reunidos, por primera vez en la historia, los obispos venezolanos² en lo que llamaron “Conferencias Episcopales”, que se proponían adaptar a Venezuela las propuestas del Concilio Plenario de la América Latina, de cinco años antes³. En la estructura teológica y pastoral del documento que produjeron⁴, la “educación católica de la juventud” tiene el peso de una clara opción estratégica⁵.

En la audacia de la propuesta de hace un siglo y en los esfuerzos, especialmente educativos, que heredamos y en los que nos ha tocado participar, reconocemos una buena parte de nuestra historia como país, y también la acción del Espíritu en ella. Si hoy estamos llamados a discernir lo que el Espíritu nos pide en nuestro servicio educativo, nos será provechosa una mirada a nuestro pasado, con un poco de ternura histórica.

La Educación Católica en Venezuela ha sido, probablemente, la “estrategia” más eficaz de la Igle-

sia para su implantación social y cultural. Para sustentar esta afirmación, se podría recurrir a indicadores como el número y la cualificación del personal dedicado a la educación, o su aporte al equipamiento humano de las élites modernizadoras del país en cualquiera de sus ámbitos, o su presencia significativa tanto en las fronteras de la marginalidad suburbana como en las fronteras geográficas del país, o en los componentes, no siempre conscientes y explícitos, que sustentan la alta credibilidad de la Iglesia...

La Educación Católica, a lo largo de todo el siglo XX, ha tenido expresiones muy distintas tanto en su filosofía y objetivos como en sus contenidos, metodologías, clientelas, etc. Esa diversidad se explica tanto por las evoluciones teológicas de la misma Iglesia como por las realidades sociales, culturales, políticas, etc. a las que se ha ido enfrentando. Podemos afirmar, con propiedad, que la Educación ha sido la mediación más importante por la que la Iglesia ha podido dia-

logar con la sociedad. Ese diálogo no siempre ha sido fácil. A veces, ha sido algo así como acuerdos mínimos de convivencia; en otros momentos, ha sido de confrontación y de competencia; pero, también –y cada vez más–, de fecunda cooperación.

Presentamos aquí unos rasgos, tal vez demasiados simplificados, pero que válidamente pueden hacer honor a la verdad de nuestra historia: las tipificaciones sociológicas, como los mapas, son a veces distintas y distantes de la realidad; pero, también como los mapas, nos ayudan a hacer nuestros recorridos.

El pacto con las élites... y la querencia por los pobres

La Educación Católica, como la entendemos hoy, nace en la última década del s. XIX⁶, en buena medida por la demanda de las élites sociales de las principales ciudades. Es significativo que las dos primeras congregaciones religiosas que llegan a Venezuela después del “desierto guzmancista”⁷ son llamadas para la atención sanitaria (las Hermanas del Tarbes, en 1889, para atender al Hospital Vargas, que se estaba fundando en Caracas, y las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, en 1890, para el leprocomio de la Isla Providencia, en el Lago Maracaibo); pero, al poco tiempo, ambas congregaciones están abriendo colegios por la presión de las élites sociales⁸, y serán dos de las congregaciones más paradigmáticas de la Educación Católica en Venezuela.

La distancia entre el mundo filosófico y cultural –positivista y laicista– de las élites demandantes de la Educación Católica y el mundo interior –de teología y espiritualidad– de los religiosos o religiosas demandados, no deja de ser abismal, por no decir conflictiva. Sin embargo, la Educación pudo establecer un puente sobre ese abismo, tal vez más como diálogo negociado que como cooperación en un proyecto común.

Para la institución eclesiástica de esos años, la Educación tiene un alto valor estratégico por las dos preocupaciones fundamentales que aparecen en sus diagnósticos: la formación religiosa (para superar “la ignorancia religiosa y la corrupción de las costumbres”) y la preservación de la fe de los “peligros del mundo” (particularmente de las corrientes intelectuales de las élites, muy alejadas de la Iglesia –y también del pueblo!–). En los esfuerzos por crear todo un sistema institucional y de vida social católico, paralelo a la sociedad secular⁹ –¡para preservar la fe amenazada!–, evidentemente, la Educación Católica adquiere una importancia fundamental: de ahí las fuertes palabras de la *Instrucción Pastoral* de 1904: “A los padres y representantes católicos, no solo les exhortamos, sino les ordenamos, con todo el peso de nuestra autoridad, que aparten a sus muchachos de las escuelas que no cuentan con el influjo de nuestra religión”¹⁰.

Las élites sociales, muy imbuidas de positivismo¹¹, al llamar a los educadores católicos, evidentemente

te, no comparten sus objetivos básicos¹²; pero su necesidad, por una parte, de buenos educadores para sus hijos (y, especialmente, para sus hijas) y el “talante muy venezolano”¹³ que les permite negociar con sus principios cuando se trata de problemas humanos, por otra, hace posible ese “pacto social”.

La lógica de ese “pacto” hubiera llevado a la Educación Católica a ser elitista (exclusiva para quienes la pudieran pagar). Pero los pobres son querencia irrefrenable de un corazón cristiano. Son múltiples sus expresiones, como el momento fundacional de las Franciscanas Venezolanas identificado con la educación de las niñas pobres en el colegio San Antonio de Padua (Caracas 1890) o los arduos de las Hnas. del Tarbes para que niñas pobres puedan estudiar, mientras trabajan, juntamente con las niñas que pueden pagar el colegio, o la creación de su “Refugio de la Infancia” (Caracas 1912) o del “Patronato” (Caracas 1918), o las escuelas profesionales de los Salesianos (Valencia 1894, Caracas 1895 y 1901), etc.

La competencia por la modernidad... y caminos al barrio

Desde la última década del s. XIX, la Educación Católica se fue implantando en las principales ciudades del país¹⁴. Lógicamente, la autocomprensión de la Educación Católica (juntamente con la teología eclesial) va evolucionando: menos replegada en la preserva-

En el Trienio Adecó, 1945-48, la más fuerte confrontación social de la Iglesia se dio en la Educación, precisamente por los proyectos políticos implicados en los proyectos educativos.

ción de la fe y de la ortodoxia, y más orientada a la construcción de la sociedad, con todas sus connotaciones científicas y políticas. Es significativo que, a la muerte de Gómez, los alumnos y exalumnos de los colegios católicos entran a formar parte de la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV) y no se repliegan en una institucionalidad católica paralela que proteja su fe; y cuando lo hacen, meses después, al considerar inaceptables algunas propuestas de la dirigencia laicista y anticlerical, lo hacen con otra propuesta, igualmente política (les gusta

decir que Política con P mayúscula), y fundan la Unión Nacional de Estudiantes (UNE)¹⁵, que va a ser, 10 años después, el núcleo de COPEI. Su sistema conceptual es básicamente lo que se va conformando como Doctrina Social de la Iglesia, iluminada por las grandes Encíclicas sociales de León XIII (Rerum Novarum, 1891) y Pío XI (Quadragesimo Anno, 1931).

En el Trienio Adecó, 1945-48, la más fuerte confrontación social de la Iglesia se dio en la Educación, precisamente por los proyectos políticos implicados en los proyectos educativos. Aunque los planteamientos filosóficos y la mutua percepción eran incompatibles (Estado Docente, contrapuesto a la Libertad de Educación o al Derecho Primario de los Padres y la función subsidiaria del Estado), ambos eran proyectos de modernidad, con diversidad de énfasis, pero operativamente bastante compatibles (como más tarde se mostraron); eso sí, la competencia por el poder que da la educación fue evidente. En ese marco son significativos la fundación de la Asociación Venezolana de Educación Católica (AVEC)¹⁶, el conflictivo y discriminatorio Decreto 321¹⁷ y las discusiones de la Constituyen-

te de 1947 y de la Ley Orgánica de Educación un año después¹⁸.

La década perezjimenista (1948-58) fue sumamente propicia para la Educación Católica: por una parte, contaba con el apoyo del régimen, al que le convenía desplazar y sustituir en lo posible a sus principales enemigos –adecos y comunistas– que tenían su mayor fortaleza en el ámbito educativo¹⁹; por otra, la Iglesia venezolana, después de su “susto institucional” del trienio, aprovechó la abundante oferta de agentes pastorales, sobre todo de la Iglesia española que, después de su propio “susto institucional” mucho más dramático de la República y Guerra Civil, aparecía fortalecida bajo el amparo del nacionalcatolismo franquista²⁰ y tenía llenos sus seminarios y noviciados. A esto hay que añadir que la Iglesia, institucionalmente beneficiaria de la Dictadura, “cayó de pie”, con reconocido prestigio²¹, en la nueva democracia.

Los años 60 son, sin duda, los de más vitalidad en la Iglesia venezolana: fortalecida institucionalmente en la década anterior (y todavía fortaleciéndose), establece –se puede decir– un pacto social con las necesidades modernizantes de las clases medias emergentes, a través de sus ofertas educativas –que ahora llegan hasta cualquier pueblo medianamente importante–, con sus múltiples organizaciones y movimientos (especialmente juveniles), con sus esfuerzos promocionales en los barrios y los campos, con su lenguaje actualizado en el acontecimiento conciliar y reforzado con la imagen amada del papa Juan XXIII, etc.

Sin embargo, esa Iglesia de los 60, más allá de su reconocimiento social, siente la interpelación creciente, especialmente de los nuevos barrios emergentes, y se opera, como un hecho social creciente y significativo, un proceso de acercamiento de agentes pastorales a sectores populares. En ese proceso, Fe y Alegría –por supuesto, no exclusivamente– juega un papel importante²². Una de las intuiciones más válidas de su fundador –P. José María Vélaz, visionario y gran motivador de voluntades– fue la de canalizar hacia los barrios la riqueza de sensibilidad

y entrega y de vocación educadora de las religiosas.

Por otra parte, en los años 70, ante la interpelación de las crecientes masas marginales y ante los cuestionamientos de la “educación crítica”, muchos religiosos y religiosos educadores abandonan sus colegios “clasistas” y buscan una “inserción” en el mundo popular, con cierto rechazo a la educación formal. En ese proceso que les lleva al barrio, se da con frecuencia un redescubrimiento de la educación –eso sí, popular–, incluso formal.

Del barrio al Ministerio

Así, la presencia de la Educación Católica en los sectores populares ha ido creciendo notablemente a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. La presencia más reconocida es la de Fe y Alegría (actualmente, con 300.000 personas atendidas en distintos programas); pero duplican ese número los atendidos, de esos mismos sectores populares, por diversas instituciones, grupos y personas de la Iglesia. Y ese crecimiento no sólo ha sido cuantitativo sino también cualitativo: experimentación pedagógica, mejoramiento profesional de docentes, diversificación especializada según necesidades, procesos de revisión desde la “educación crítica” y “educación liberadora” hasta la “educación popular”, etc.

Como reconocimiento de esta presencia, en 1990 se reglamentó el otorgamiento de subvenciones a planteles de la AVEC de educación gratuita o de pensión insuficiente²³, y cada año se firma el Convenio MECD-AVEC. El Convenio implica hacer justicia a los principios básicos de equidad y de cooperación, aparte de un notable ahorro de recursos presupuestarios del Estado.

La experiencia operativa del Convenio ha significado, además, más allá de tensiones coyunturales, oportunidades crecientes de cooperación entre la Educación Católica y la Educación Oficial. Más aún, es cada vez más reconocible en los educadores católicos –y aun en los obispos en eventuales intervenciones– un lenguaje de preocupación e interés por la Educación Nacional más que por la defensa de la Educación Católica.

Algunas conclusiones

Sin ninguna pretensión de ser exhaustivo –y, sobre todo, sin ninguna pretensión de dar lecciones– presento algunos puntos que me suscita la lectura histórica de nuestro esfuerzo educativo: las enseñanzas de la historia y los retos del presente son insumos necesarios para nuestro discernimiento cristiano.

1. En la propuesta de la Instrucción Pastoral de los Obispos hace un siglo, encontramos la consagración de una opción estratégica, que resultó exitosa y que sigue teniendo vigencia. A pesar de la conciencia de aquellos pastores de su debilidad interna y de las amenazas externas para su Iglesia, impresiona su seguridad, no sólo en la posesión de la verdad revelada, sino, sobre todo, en su decisión de restaurar la iglesia, y la sociedad por medio de ella²⁴. La “Teología de la Restauración” les da sentido y unidad de propósitos, pero les limita también para dialogar con la sociedad. A los cristianos de ese tiempo, su teología les impide valorar cualquier posible aporte, si proviene de “quienes no sienten correctamente de cuestiones religiosas”²⁵. Y, lógicamente, a los que no se identifican con la Iglesia, les produce rechazo el “dogmatismo” de los católicos. Nosotros hoy nos podemos sentir muy lejos de ese dogmatismo; pero, si queremos dar el servicio que se puede esperar de nosotros, tenemos que empezar por cargar humildemente con los residuos de los rechazos producidos por nuestra “culpa histórica”.

2. La evolución teológica que se va dando en Europa en los años 30 y 40, que culminará con el Vaticano II en los 60, se hace presente en Venezuela especialmente en el campo educativo, y valora más positivamente los esfuerzos de otros actores sociales, cristianos o no, por construir una mejor sociedad. Buena expresión de esta nueva actitud dialogante son las cinco finalidades que aparecen en los estatutos fundacionales de la AVEC (1945). Sin embargo, por razones explícitas desde cada uno de los lados, las relaciones fueron más de com-

petencia y confrontación que de colaboración, especialmente en el famoso conflicto del Decreto 321. Sin duda, fue más sectaria e injusta la posición oficial que la católica; pero también es cierto que los educadores católicos no supieron reconocer los valores que había, por ejemplo, en Luis Beltrán Prieto y su movimiento pedagógico. Más allá de las tesis que se esgrimían como armas, se luchaba por el poder, como lo reconocieron sus actores principales de lado y lado²⁶. Sin descalificar a los que nos precedieron con otras teologías –más bien reconociendo su extraordinario aporte: ¡porque fueron, somos!–, de nuestra historia podemos inducir una tesis: que la autoridad –y, por consiguiente, también la eficacia– es inversamente proporcional a las seguridades de nuestra verdad y de nuestra apologética bien fundamentada; y directamente proporcional a la humilde oferta de nuestro servicio desinteresado.

3. Una línea constante en nuestra historia educativa ha sido la atención creciente a los sectores populares. Ni en las primeras fundaciones, llamadas por las élites sociales de las ciudades importantes, ni en la afluencia masiva de religiosos y religiosas educadores en los años 50 y 60 resultaba fácil atender a los pobres: se daba educación a quien la podía pagar. Sin embargo, la querencia cristiana por los pobres y la decisión y tenacidad de muchos ha conquistado espacios crecientes de educación católica popular. En esta misma línea hay que incluir también los esfuerzos por la educación vinculada con el trabajo y la capacitación laboral, como las escuelas salesianas, La Salle, APEP, Inve-capi, Fe y Alegría, etc. Pienso, para nuestro discernimiento cristiano, que la educación popular y, específicamente, la educación técnica, juntamente con la atención al mundo indígena, están llamados a ser campos prioritarios de nuestro servicio educativo, tanto por la demanda objetiva de nuestro país, como por la capacidad motivadora de esas líneas educativas para la sensibilidad cristiana y, por consiguiente, para las vocaciones personales e institucionales.

4. Toda acción educadora es acción política, seamos conscientes o no. Pasamos de buscar en la política simplemente a aliados para defender nuestros intereses educativos, como en las primeras décadas del siglo pasado, a entrar en competencia con proyectos más o menos explícitamente políticos enfrentados a otros proyectos políticos, como en el trienio adeco o en los años 60. Después nos hemos sumado a las tendencias –que no han sido exclusivas de Venezuela– antipartidistas y aun antipolíticas. Hoy la crisis nos ha repolitizado, pero no siempre de una manera muy constructiva. Creo que es un signo de nuestro tiempo la necesidad de formación política, y aun de revalorización de los partidos políticos. No es tarea fácil, pero sí es evidente su necesidad; también son evidentes los primeros pasos necesarios: la formación ciudadana y la democracia como forma de vida: respeto, acogida, diálogo, búsqueda, etc.

5. Otra línea que descubrimos en nuestra historia es la preocupación por formar educadores. Una expresión de esta preocupación fueron nuestras Escuelas Normales, que con dolor vimos desaparecer. Otra expresión está siendo el programa de Profesionalización de Docentes en Ejercicio, de Fe y Alegría. Pero son muchos los esfuerzos que se han hecho y se hacen: podríamos casi afirmar que no hay colegio de la AVEC –además de la institución misma– que no invierta mucho esfuerzo en la formación docente, tanto en su crecimiento personal como en su capacitación pedagógica. En esta línea, y más allá de nuestras propias instituciones, es donde probablemente estamos más llamados a ofrecer nuestro servicio.

6. Este punto nos relaciona con otro campo al que, sin duda, el Espíritu nos está llamando: la Educación Pública Oficial. Estamos claros en que ya no tiene cabida la competencia, y menos todavía el desprecio. La Educación Católica, no hay duda, ha aportado mucho en la formación de hombres y mujeres para el desarrollo de este país. Pero ese “éxito” ha tenido un efecto colateral negativo: la gente con

más poder político envía sus hijos a la Educación Privada, fundamentalmente católica, y las deficiencias de las escuelas oficiales, otrora de gran calidad, no tienen más dolientes que la impotencia de los pobres. Creo que la prioridad de nuestra solicitud pastoral educativa son los alumnos de las escuelas oficiales, porque son los más y los más necesitados. Sin duda, es éste el campo en el que tenemos nuestro mayor déficit histórico (digámoslo en cristiano, nuestro mayor pecado). En este campo hay muchas líneas de posible servicio. Una de las líneas más eficaces será la atención



El Nuevo Presidente de la AVEC, Antón Marquiegui, Hermano de La Salle, es un educador experimentado quien anteriormente, en su condición de Vicepresidente de la AVEC, participó en los acuerdos con el Ministerio de Educación.

a los educadores de las escuelas oficiales. Con toda humildad, tenemos mucho que ofrecer tanto a nivel de formación personal como de capacitación pedagógica. Pero, sin duda, hay muchos otros campos de cooperación posible: la experimentación e innovación, la investigación, la capacitación, el asesoramiento, etc. Tal vez, nos excusamos demasiado fácilmente. Mientras más en serio asumamos nuestra responsabilidad con la Educación Pública, más oportunidades encontraremos para colaborar con ella.

7. Por último, el aporte, sin duda, más importante que se nos pide –y es lo más específico nuestro– es la espiritualidad. Ella, aunque en formas de vivirla y de expresarla distintas, es la explicación fundamental para comprender todo el gigantesco esfuerzo de la Educación Católica. Es cierto que muchas veces, por una cierta dualidad de algunas teologías, la espiritualidad no ha estado integrada con la misión educadora, pero sí ha estado en su base, como sustento y motivación. Creo que nuestra evolución teológica y, sobre todo, la cercanía e integración con el mundo popular nos ha evangelizado y nos ha ayudado a integrar la espiritualidad –más allá de la misa y oración de la mañana– con nuestra misión educadora de tiempo completo. También es de observar, particularmente en los últimos años o décadas, en los educadores laicos un interés por la espiritualidad, que parecía secuestrada por curas y monjas: búsqueda de itinerarios de crecimiento espiritual, gusto por la oración y el discernimiento espiritual, seguimiento de Jesús como identidad personal. Más aún, creo que la oferta de espiritualidad es uno de los campos más fecundos de nuestro posible aporte a la educación más allá de nuestras propias instituciones. En los educadores, por la sensibilidad inherente a su vocación y por sus experiencias de cercanía a los niños y jóvenes, existe una demanda inmensa no atendida. En nuestras mentalidades clericalizadas, hemos sido demasiado miedosos, por no decir rácanos, con este gran capital social de la Educación Católica.

Notas

- 1 En Caracas, del 23 de mayo al 27 de julio de 1904.
- 2 Apenas eran cinco: Juan Bautista Castro, Arzobispo de Caracas; Antonio María Durán, Obispo de Guayana; Felipe Neri Sendrea, Obispo de Calabozo; Antonio Román Silva, Obispo de Mérida; y Francisco Márvez, Obispo del Zulia. Participó como Secretario el presbítero Nicolás E. Navarro.
- 3 Convocado por el papa León XIII, en Roma, del 28 de mayo al 9 de julio de 1899: *Acta et Decreta Concilii Plenarii Americae Latinae*, Tipografía Vaticana, Roma 1906
- 4 *Instrucción Pastoral del Episcopado Venezolano al Clero y Fieles de la República*. Tipografía La Religión, Caracas 1905.
- 5 Ib. Especialmente en la Parte Segunda, Cap. II y en la Parte Novena
- 6 El primer colegio es el San Antonio de Padua (Caracas 1890), de la recién fundada congregación venezolana de las Franciscanas del Sagrado Corazón, quienes seis años más tarde fundarán otro en Valencia. Las HH. de San José de Tarbes fundan tres colegios en 1891, uno al año siguiente y otro en 1898. Los salesianos fundan uno en 1894 y otro al año siguiente. Y las HH. de la Caridad de Santa Ana, una en 1894.
- 7 Expulsión de obispos, cierre de seminarios y conventos, apropiación de los bienes eclesiásticos, intento de crear una iglesia separada, etc.
- 8 Sirva como ejemplo el testimonio de la Hna. María Antonieta, de San José de Tarbes, el mismo mes de su llegada (junio 1889): "Hemos tratado de sustraernos al asunto de la enseñanza, pero siempre insisten en ello. A cada paso sale la idea; las tres cuartas partes de las personas con quienes tratamos, y que son autoridades o personas de gran influencia, nos interrogan sobre este asunto".
- 9 Un ejemplo, que nos suena un poco extremo, es el encargo a los párrocos para que "procuren impedir que, fuera del caso de urgente necesidad, parteras no católicas asistan a mujeres católicas en el alumbramiento" (*Instrucción Pastoral...* de 1904, N° 106).
- 10 Ib. N° 677.
- 11 "El positivismo se presentó en Venezuela como movimiento radical, polémico y casi místico: con el positivismo estaba la ciencia y la verdad, la eficacia práctica y la solución de los problemas que afectaban a la patria; fuera del positivismo reinaba la negra noche oscurantista, la reacción clerical, el dogmatismo inquisitorial y el atraso cavernícola" (Damboriena, Ángel, *Rómulo Gallegos y la problemática venezolana*. UCAB, Caracas 1972, p. 138
- 12 Como anécdota muy significativa, los HH. de La Salle, de tanta importancia en la

- Educación Católica de Venezuela, fueron llamados a Venezuela (Barquisimeto, 1913) por iniciativa de un comerciante judío.
- 13 Los positivistas -sobre todo como varones y como intelectuales- desprecian la religión y la moral cristiana. Pero su positivismo "a la venezolana" cree necesario el "freno moral", tanto para el comportamiento social y sexual de sus mujeres como para la contención social de los pobres. Un poco más decentemente expresa esta idea Laureano Vallenilla Lanz: "Libre pensador, determinista, positivista en toda la extensión que racionalmente quiera darse a estos conceptos, soy, sin embargo, el primero en condenar el indiferentismo religioso de nuestro pueblo, que, lejos de ser una demostración de cultura -como vulgarmente se cree-, es signo inequívoco de barbarie, porque nada es más conforme con la naturaleza humana que el instinto religioso y nadie puede desconocer su importancia como freno moral para las multitudes" (*Crítica de sinceridad y exactitud*. Imprenta Bolívar. Caracas 1921, p. 416).
- 14 10 colegios en los 90, 5 en la primera década del s. XX, 7 en la segunda, 20 en la tercera, y 13 entre 1930 y 1935.
- 15 La ruptura con la FEV se da el 6 de mayo de 1936 al solicitar su presidente Jovito Villaiba la expulsión de los jesuitas que, supuestamente, estaban detrás de los jóvenes que habían intentado rechazar desde las barras del Senado, dos días antes, la propuesta de Ley de Educación presentada por Luis Beltrán Prieto Figueroa. Dos días después, el 8 de mayo, 197 estudiantes (54 de ellos egresados del colegio San Ignacio y 50 de La Salle) proclaman la UNE.
- 16 El 3 de octubre de 1945 se tuvo la asamblea constitutiva, y quedó jurídicamente constituida el 18, precisamente el día del golpe cívico militar: el motor de la fundación fue el P. Carlos Guillermo Plaza, S.J., quien seguía la recomendación del Acuerdo 2 bis del Primer Congreso Interamericano de Educación Católica (CIEC), Bogotá, 1-10 de junio de 1945.
- 17 El "Decreto 321 sobre calificaciones, promociones y exámenes en Educación Primaria, Secundaria y Normal", de 30 de mayo de 1846, fue considerado por la Educación Católica, con mucha razón, como sectario; los obispos, incluso, hablaron de "persecución religiosa" y de "repugnante totalitarismo" (30 de septiembre).
- 18 Aprobada el 18 de octubre 1948, un mes antes del golpe militar (24 de noviembre)
- 19 En la década perezjimenista, mientras prácticamente se estancaba el fuerte crecimiento que la Educación Oficial había tenido en el Trienio Adecó, la Educación Católica triplicó el número de alumnos en Primaria, casi quintuplicó en Secundaria y abrió una universidad; en esa década se fundaron 206 establecimientos educativos, cuando en los 60 años anteriores (1889-1949) se habían abierto 107.
- 20 Mientras en 60 años (1889-1949) se habían establecido en Venezuela 39 órdenes y congregaciones religiosas, en la siguiente década lo hicieron 53.
- 21 Para ese reconocimiento, además de la participación en las luchas por la Democracia de la recién fundada UCAB y de algunos colegios católicos, al igual que bastantes sacerdotes en las parroquias, etc., hay que destacar la Carta Pastoral del 29 de abril de 1957 (con ocasión del 1º de Mayo) del arzobispo de Caracas Mons. Rafael Ignacio Arias Blanco.
- 22 Fundada en 1955 (el primer día de clases en el primer colegio fue el 5 de marzo), creció aceleradamente, especialmente en los años 60, por los barrios de las principales ciudades de Venezuela. A partir de 1964, se extiende a 14 países latinoamericanos.
- 23 "Reglamento sobre el otorgamiento de subvenciones a los planteles privados inscritos en el ministerio de educación", dictado mediante Decreto N° 722 de fecha 11 de enero de 1990.
- 24 En Educación, la tarea es clara como una consigna: "Hay que empezar por las escuelas parroquiales: subir a los institutos de instrucción secundaria, y llegar, con el auxilio divino, la cooperación de los fieles y la protección justa del Gobierno, hasta la fundación de la Universidad Católica de la República" (*Instrucción*, N° 599)
- 25 Entre estos, estaban sin duda la admirable generación de médicos y sanitaristas venezolanos de hace un siglo (Razzeti, Machado, Gabaldón, etc.). Terriblemente duras nos suenan hoy las palabras del Concilio Plenario de 1899: "Sentimos horror y un amarguísimo dolor cuando pensamos en todos los monstruosos horrores y todas las insidias, maquinaciones y habilidades para hacer el mal con las cuales estos odiadores de la verdad y de la luz, expertísimos artífices del fraude, maquinan extinguir todo intento de piedad, justicia y honestidad, corromper las costumbres, perturbar los derechos divinos y humanos, arrancar de raíz la religión católica y la convivencia civil y, más aún, derribar todo desde los cimientos. Para evitar tantos y tan grandes peligros, huyan los fieles de toda especie de error, como de una peste pernicioso. Y, como, según el dicho de San Bernardo, al bueno sólo se le engaña con la apariencia del bien", en modo alguno escuchen los fieles, más aún, rechacen con fortaleza de espíritu las falacias de aquellos que perversamente, bajo el nombre de la urbanidad, el progreso, la ciencia, la humanidad, la beneficencia o la filosofía y con simuladas razones de caridad y amistad, arrastran poco a poco a los incautos a los lazos de la perdición. Teman más los razonamientos capciosos de aquellos que, sin sentir correctamente de cuestiones religiosas, quieren aparecer como buenos cristianos en algunas solemnidades del culto católico (*Acta et Decreta Concilii Plenarii Americae Latinae*. Tipografía Vaticana. Roma, 1906, Nos. 97-98)
- 26 Luis Beltrán Prieto reconoce: "Bajo la apariencia de libertad se trataba del poder: lo que se disputaba de una y otra parte no era el derecho abstracto de enseñar; era una fuerte organización que permitía apoderarse poco a poco y enteramente de la educación de la juventud en todos los grados" (*El Estado y la Educación en América Latina*. Monte Ávila Editores. Caracas, 1977 p. 411). El P. Jenaro Aguirre, S.J., que liderizó mucho de la confrontación por la Educación Católica, hacía un reconocimiento semejante.